

Fundamentos en Humanidades

Universidad Nacional de San Luis

Año VII – Número I – II (13-14/2006) 213/229 pp.

Educación y trabajo para los jóvenes argentinos... ¿una ilusión?

María Cristina Marrau

Universidad Nacional de San Luis

e - mail: cmarrau@unsl.edu.ar

Resumen

En el presente trabajo se reúne un conjunto de ideas a partir de las cuales se problematiza la relación entre el empobrecimiento de la cantidad y calidad de los recursos educativos que se ofrecen a los jóvenes, y el empobrecimiento de la población.

Se realiza un breve desarrollo histórico de diferentes condiciones educativas con el objetivo de generar un marco comparativo con lo que ocurre en Argentina.

Sobre la base de un desempleo creciente y un deterioro de las condiciones de trabajo en los últimos años, la educación parece disociarse del mundo del trabajo.

Abstract

This work reflects on the correlation between the impoverishment in quantity and quality of educational resources provided to the young, and the impoverishment of population.

With the objective of comparing Argentine reality to other education situations, a brief historical background is put forward.

Based on a lately growing unemployment and the worsening of working conditions, there seems to be a dissociation of education from the world of labor.

Palabras claves

educación - trabajo - desempleo - calidad de vida

Key words

education - employment - unemployment - quality of life

Introducción

La sociedad argentina a partir de los años noventa ha sufrido un proceso de pauperización, destrucción de redes y de orientación y esto afecta indudablemente a los sectores más vulnerables: niños, jóvenes, mujeres, ancianos, discapacitados. Para enfrentar la realidad de ser adulto, es necesario contar con una caja de diversas y sólidas herramientas (valores, destrezas, actitudes, conocimientos) y que esto no se logra sin la orientación y el sostén de los adultos. Esta responsabilidad es la que presenta muchas grietas. Es bastante difícil que un joven reconozca que sus padres o maestros son modelos a quienes imitar.

Si a eso le agregamos que las políticas sociales destruyen las brújulas (tanto de las personas como de los grupos y organizaciones), la desorientación de los jóvenes argentinos es cada vez mayor, sin probabilidades de hacer proyectos.

Las cifras de desocupación juvenil tienen una doble dimensión negativa. La primera, que quienes están en edad de estudiar tengan que salir a buscar trabajo.

La segunda es que, además de que tienen que buscar trabajo, no lo consiguen. Una postergación se liga a la otra, abriendo las puertas a la marginación. Y allí asoma la falta de futuro. Porque, ¿qué harán al ser adultos esos 320.000 argentinos de entre 15 y 19 años, que no estudian ni trabajan, que “no hacen nada”? Son un grupo especialmente vulnerable al riesgo social, en muchos casos vinculados al desarrollo de formas ilegales de subsistencia, dejados de lado por la sociedad. (Canton, 2005).

Este panorama incierto y bastante desalentador, se ve también reflejado en el número cada vez más alto de profesionales recién recibidos y trabajadores calificados, que hacen colas en las puertas de las embajadas para obtener la documentación necesaria que les permita emigrar.

El argumento que se propone en este trabajo es relativamente simple y cercano al sentido común. En forma muy esquemática consiste en afirmar lo siguiente: el empobrecimiento de la población se relaciona con el empobrecimiento de la educación pública, es decir con un deterioro de la cantidad y calidad de los recursos que estructuran la oferta educativa. El resultado no puede sorprender a nadie: la pérdida de calidad de los procesos y productos educativos.

La dimensión que adquiere esta situación, se percibe claramente en la etapa de inserción laboral de los jóvenes argentinos.

Desde los más diversos sectores de la sociedad se coincide en afirmar que la falta de trabajo tanto de la población en general y especialmente de

los jóvenes en particular, es uno de los problemas más importantes con los que se enfrenta la Argentina. Académicos, políticos, los medios de prensa y la sociedad en su conjunto manifiestan (respaldados tanto por sus estudios como por la percepción que se construye a diario), su preocupación ante la falta de trabajo de amplios sectores de la población.

Si bien los problemas de integración al mercado laboral no son nuevos en Argentina, el deterioro de la situación de quienes tienen trabajo y las dificultades que se enfrentan para crear nuevos puestos justifican la relevancia que este tema tiene en la actualidad.

Una adecuada y oportuna identificación y caracterización de los nuevos problemas a los que se enfrenta la sociedad es fundamental para el diseño de las estrategias y la movilización de los recursos que permitan su tratamiento. Si bien no hay dudas respecto de que la crisis del mercado de trabajo impacta en la calidad de vida de las personas, la sociedad argentina se debe aún un debate que enriquezca la visión que se tiene respecto de los alcances de este problema.

Antes de abordar directamente el análisis de la relación “Educación y Trabajo para los Jóvenes Argentinos...” se considera necesario realizar un recorrido histórico que nos permita introducirnos al tema de modo de lograr una comprensión adecuada del mismo.

Una mirada a través de la historia

Un recorrido por la forma de articulación de la educación con el mundo del trabajo desde el surgimiento de los sistemas educativos, seguido por una mirada a la organización de la formación para el trabajo y su acompañamiento a las transformaciones del mundo laboral, puede ser útil en esta empresa de aproximarse a la interacción Educación y Trabajo.

A comienzos del siglo XVIII, en el mundo pre-industrial, convivían con muy poco contacto entre sí: una formación básica corta destinada a sectores populares, de origen religioso o municipal; un aprendizaje de oficios, con propósitos de promoción social de los sectores populares; y la enseñanza focalizada en destinos universitarios con gran preponderancia de contenidos humanísticos y de profesiones liberales. La continuidad de los alumnos entre los tres sistemas era escasa: las clases populares sólo accedían a las dos primeras formas y las clases pudientes a la tercera. La educación media fue surgiendo trabajosamente, como prolongación de la educación básica o como anticipación de estudios universitarios.

La escuela como institución se extiende a lo largo de la extensa geografía de nuevos y viejos países; los sistemas educativos se desarrollan,

toman formas más locales y descentralizadas, y presentan su manifestación concreta en la escuela pública, estatal, regulada estrechamente por el Estado.

Las habilidades básicas de lectoescritura y matemática aplicada se inculcan a las poblaciones urbanas en general, y a las rurales de sociedades relativamente desarrolladas.

Los países de América se ponen como metas explícitas, no siempre alcanzadas, la escolarización de sus poblaciones. Las profesiones universitarias se institucionalizan, con sus condiciones de ingreso, sus reservas de mercado y las asociaciones para defender sus áreas de trabajo.

A modo de ejemplo, la ingeniería, la profesión tecnológica por autonomía, reconoce diferentes orígenes y desarrollo en las distintas sociedades; son ejemplos de ello, el modelo anglosajón, donde los ingenieros se forman en el transcurso de procesos de invención e implementación tecnológica y la carrera educativa surge separada de la acreditación profesional.

El modelo latino, heredero de la tradición militar, con énfasis en la ingeniería civil y el servicio al Estado y sólidamente encuadrado por carreras universitarias y exámenes de competencia.

Dentro de este marco se extiende el fenómeno de la producción industrial; la revolución industrial se instala originalmente en sociedades que presentan aún bajos niveles educativos, pero cuentan con una tradición artesanal. El obrero profesional o calificado se desarrolla en este contexto, en el que incorpora su fuerte pertenencia de clase; la fábrica se constituye en lugar de trabajo, de lucha y de negociación. La calificación profesional – orgullo y base desde la cual puede asegurarse un liderazgo entre los demás trabajadores – le brinda elementos de fuerza para cuestionar la dominación empresarial. Los movimientos socialistas y los sindicatos surgen en este marco.

En este contexto se desarrollan diversas modalidades de formación para el trabajo en los países centrales, como ramas terminales de la educación secundaria (USA). Caracterizan a todas estas maneras de formación: la articulación entre educación básica y capacitación focalizada en puestos de trabajo o en familias de estos, con mucho énfasis en las habilidades motrices, la disciplina y el aprendizaje secuencial de operaciones concretas. El análisis ocupacional para desarrollar los programas educativos fundamentan esta formación. Está dirigida fundamentalmente a los jóvenes de sectores populares y constituye más un instrumento de inserción y capacitación laboral que un mecanismo de movilidad social. La ubicación de esta formación para el trabajo en el recinto escolar (Francia), enteramente en la fábrica (USA) o en alternancia (Alemania), se re-

laciona con la tradición de cada país; son diferentes maneras, todas ellas problemáticas, de resolver la contradicción entre la racionalidad educativa y la productiva (Gallart, 1997).

En el caso de América Latina se estableció la matriz del sistema educativo según las pautas de los sistemas occidentales, con una estructura burocrática de lenta evolución. Esta estructura abarca: educación básica con pretensión al menos de universalidad, aunque con realidades muy diferentes en la cobertura del acceso a la escuela, en los niveles de deserción y en los resultados en términos de habilidades básicas; educación secundaria dividida entre una educación media, asentada en un *vitae* enciclopédico y una educación técnica, definida como preparación para mandos medios de las empresas, pero también, fracturada entre escuelas técnicas, orientadas a la continuación de estudios terciarios, y escuelas vocacionales con problemas de vinculación con el mundo productivo.

Orientaciones generales

Desde hace ya mucho tiempo existe en América Latina una profunda disconformidad con la educación de los niños y de los jóvenes y con la formación de técnicos y profesionales, porque sus capacidades no están en consonancia con los actuales requerimientos del mundo del Trabajo. El descontento responde a que este desfasaje entre la educación recibida y la habilitación para la inserción laboral, no les permiten un apropiado y autónomo desarrollo de su proyecto de vida.

Las causas a las cuales se atribuye el supuesto fracaso de la educación en relación con las demandas de formación son muy variadas. Ampliamente conocida es la discriminación entre variables exógenas y endógenas al sistema educativo (Tedesco, 1990). Es necesario enfatizar aquí las causas endógenas, es decir, las referidas al propio sistema educativo. Estas causas endógenas de la insatisfacción educativa refieren a un continuo entre dos posiciones. La primera se refiere a causas “coyunturales” y la segunda, “estructurales”.

Según Tedesco (1990), las causas “coyunturales” no se orientan al cuestionamiento de la existencia misma de la escuela y del sistema educativo como instituciones adecuadas para garantizar la formación de los niños y de los jóvenes para el siglo XXI, ni se preocupa por temas tales como la existencia o no de un ciclo educativo a lo largo de la vida de las personas. Supone que la escuela y el sistema educativo tienen que concentrar la atención en un período de la vida de las personas: la infancia y la juventud, pero que deben funcionar mejor.

Las causas “estructurales”, en cambio, fundamentan el cuestionamiento de la existencia misma de la escuela y del sistema educativo como instituciones adecuadas para garantizar la formación de los niños y de los jóvenes para el siglo XXI, y se preocupa por algunos temas tales como la existencia de un ciclo educativo a lo largo de la vida de las personas. En principio, se compromete con la idea de educación sistemática recurrente, con diversos momentos de ingreso y egreso del mundo laboral (Tesesco, 1990).

Hace algunos años, la única respuesta posible frente a la realidad de las escuelas hubiese sido incrementar fuertemente la cantidad de horas de clase en un formato convencional. Más materias, organizadas todas de la misma manera. Hoy se pueden buscar otras respuestas; una de ellas surge a partir de la informatización que introduce nuevas tecnologías, que conlleva a nuevas formas de aprendizajes y adquisición de conocimientos.

Ejemplo de ello, son Estados Unidos y Australia, por mencionar sólo algunos países, en donde ya funciona la “escuela virtual”. Consiste en la creación de “sitios” informáticos a través de los cuales se recibe información y se desarrollan capacidades. Es una escuela sin paredes, sin lugar, sin intercambio social y está sostenida por profesionales diferentes a los docentes, permanentemente intermediados por pantallas.

La aparición de Internet impactaría en esta situación, estimulando cambios en los métodos de enseñanza – aprendizaje y en los objetivos educativos.

En lo que respecta a la enseñanza formal, Internet podría ser útil de tres maneras:

- Como apoyo a la enseñanza tradicional.
- Como complemento de la enseñanza que se obtiene en la escuela, accediendo tanto la actualización constante de conocimientos en las más variadas especialidades, como el intercambio interdisciplinario.
- Hay quienes consideran que ya o pronto es o será posible que la educación a distancia, a través de Internet llegue a unas cuantas decenas de jóvenes, facilitando, de este modo, el acceso a la educación.

Esa es una experiencia discutida y discutible. Hay que subrayar la importancia que tiene la presencia del profesor, aunque sea como vínculo entre el alumno y la transmisión de conocimientos.

¿Es posible sustituir al profesor? Al parecer, no en la enseñanza básica y media y no para alumnos que no hayan pasado la adolescencia. Las nuevas tecnologías de comunicación y especialmente Internet, pueden

servir como apoyo al aprendizaje en todos los niveles pero hasta ahora no parece que puedan relevar al maestro.

En otros escalones del sistema educativo, especialmente en la enseñanza universitaria, Internet puede servir para la propagación de conocimientos muy específicos. Sin embargo, hay disciplinas en las que parece indispensable el aprendizaje "in situ", o con equipo técnico cuyo manejo no se puede aprender a distancia (Mora, 1997).

De todos modos, es necesario señalar, que en Argentina existe aún una significativa distancia entre los problemas de la educación pública y el empobrecimiento de la población que accede a esa educación y la incorporación de la tecnología informática.

Los jóvenes y el trabajo

La incorporación al trabajo de los jóvenes argentinos, está lejos de ser una transición sin obstáculos debido a la escasez de posibilidades si no también a la dificultad de encontrar el trabajo deseado, para el cual se ha venido preparando y con el cual, en el mejor de los casos, identifica sus aspiraciones.

La búsqueda de trabajo es una tarea difícil y azarosa que no siempre se corona con éxito.

Trabajar debiera constituir la conclusión del largo proceso anterior de socialización durante el cual la preparación en la familia y en la escuela han sido en buena medida, preparación para el trabajo.

Recién terminada la etapa de preparación al terminar la escuela secundaria, el terciario o la universidad, donde ocupaban un lugar y tenían una tarea que cumplir (donde eran conocidos), los jóvenes que no encuentran ese esperado primer empleo hallan su primer desempleo, situación para la que nadie los prepara.

Con el desempleo y con la marginalización y resentimiento que esto supone se inicia una etapa de crisis de los valores sociales y culturales anteriormente asimilados. Esto es una experiencia desafortunadamente cotidiana y frecuente hoy en día (sobre todo) en Argentina.

La acentuada exclusión de los jóvenes del mercado laboral -que prolonga esta etapa genéricamente denominada "juventud" y su inserción en el mundo de los adultos-, como consecuencia de la crisis del empleo por la que atraviesan todas las sociedades, probablemente permita explicar el creciente interés de las ciencias sociales en torno a esta temática (Pérez Rubio, 1998).

Tal como define Margulis (1996:11), la “juventud” es un concepto esquivo, “construcción histórica y social y no mera condición de edad”, que aparece como resultado de un conjunto de prácticas discursivas; en este sentido, es posible encontrar diferentes convenciones culturales en las que se habla de la juventud. En estos discursos se suele identificar una suerte de polaridad, en la que la juventud aparece como sujeto de social (generación, sujeto o agente de cambio social) o bien como objeto de socialización (reproducción o afirmación del contexto social vigente).

Los jóvenes son un grupo que recibe, de manera muy particular, el impacto en la calidad de vida de la población, producido por el aumento del desempleo; la disminución cualitativa de las condiciones de trabajo y la precarización del empleo. Estas situaciones agregan a las tradicionales nuevos factores de exclusión (generan nuevos pobres), que agudizan las diferencias entre distintos grupos poblacionales y refuerzan la marginación de los más desfavorecidos.

Resulta paradójal que los jóvenes, siendo el principal recurso de desarrollo de un país, queden precariamente incluidos cuando no excluidos, de la inserción laboral y la participación social.

El problema de la inserción laboral deriva básicamente de la incapacidad del sistema socioeconómico para generar suficiente cantidad de puestos de trabajo.

Esto ha traído, como consecuencia, una mayor dedicación a los estudios por parte de los jóvenes, que aparece como la opción más legítima de ocupar el tiempo disponible, no sólo avanzando hacia niveles superiores, sino reincidiendo en el mismo cuando no se han conseguido los resultados deseables.

A fines del siglo XX, así es el panorama. Se plantea que no habrá trabajo suficiente para todos (Rifkin, 1996), y que, además, el que haya cambiará muy rápidamente. Se evidencian fuertes formas de fragmentación social e insuficiencia de la educación para garantizar la movilidad social ascendente que las personas desearían.

Ya en 1994, Ibarrola y Gallart, sostienen que esta realidad es la que se les plantea a los jóvenes frente a la permanencia del papel nuclear de la actividad laboral como fuente de identidad y reconocimiento social, y su incierta situación a nivel cuantitativo y cualitativo en el mercado de trabajo. Como consecuencia de esta incongruencia entre los referentes axiológicos y normativos y las situaciones reales aparece -en las sociedades urbanas- la tendencia al alargamiento de la etapa de dependencia de los jóvenes con respecto a los adultos, en razón, precisamente de las restricciones que existen para la entrada a los mercados de trabajo formales y

la desorganización de los mercados informales. Entre los 18 y 21 años se establece un lapso de gran indefinición a la vez que de enormes obstáculos para la inserción creativa y positiva de los jóvenes en el mundo laboral y la sociedad.

Cuatro de cada 10 desempleados en Argentina tiene menos de 24 años. En total suman 718.000 los jóvenes desocupados, sobre 1,8 millón de personas sin trabajo. A su vez, la tasa de desempleo juvenil alcanza al 26,3%. Estas cifras fueron difundidas ante 150 personas, en el Seminario sobre Trayectorias Laborales realizado en el Ministerio de trabajo en Buenos Aires, Argentina, donde se presentaron 6 estudios de la cartera laboral. Los trabajos fueron comentados por Bernardo Kosacoff, de la CEPAL, Pedro Galín de la O.I.T. Argentina y Martín Moreno, Director de Estadísticas (Clarín, 2005).

El informe sobre desempleo en Argentina marca que la desocupación golpea con más fuerza a los jóvenes y que la probabilidad de los jóvenes de estar desempleados es cuatro veces superior a la de los adultos. En parte este fuerte peso de los menores de 24 años en el desempleo total se debe a que los planes sociales asisten a los jefes y jefas de hogar que constituyen una minoría en el sector juvenil.

Aún así el estudio de la cartera laboral, en base a cifras de fines de 2004, revela los principales hallazgos y conclusiones del diagnóstico laboral:

De los 718.000 jóvenes desocupados, 387.000 son varones y 331.000 mujeres. Pero en relación a la cantidad de gente en actividad la tasa de desempleo entre los varones de 18 a 24 años es del 24,1% y entre las mujeres asciende al 29,5%.

El desempleo juvenil se concentra en los grupos sociales más vulnerables. Y en especial en las mujeres y en los menos educados.

La mayor parte de los jóvenes desempleados provienen de hogares de escasos recursos, muchos de los cuales se encuentran en situación de pobreza.

La incorporación temprana al mundo del trabajo por parte de los jóvenes es un factor relevante que condiciona la culminación de los estudios requeridos para el acceso a un empleo de calidad.

El estudio dice que los jóvenes desocupados que no asisten a la escuela suman 154.000, de los cuales solo una cuarta parte culminó los estudios secundarios. El 69,9% son desocupados cesantes "lo que da cuenta de inserciones tempranas en el mercado laboral", a la vez que "tres cuartas partes residen en hogares que se hallan por debajo de la línea de pobreza".

Sin embargo, el grupo más vulnerable lo constituye los “320.000 jóvenes de 15 a 19 años que no trabajan, no buscan trabajo, ni estudian”. Este sector no integra la legión de desocupados (porque no busca trabajo) pero el estudio de Trabajo dice que se trata del “núcleo duro de exclusión” y agrega: “es un grupo especialmente vulnerable a la anomia y el riesgo social, en muchos casos vinculado al desarrollo de formas ilegales de subsistencia”.

Por último, el Informe agrega que hay 69.000 jóvenes de 20 a 24 años con responsabilidades familiares, de los cuales la mayor parte no completó la enseñanza secundaria (Bermúdez, 2005).

Una mirada diferente a esta relación educación-inserción laboral, señala que la formación de recursos humanos por la que el sistema educativo proveería tanto en cantidad como en calidad la mano de obra que el sistema económico requiere y que la dinámica de las estructuras productivas absorbería y emplearía adecuadamente, no encuentra confirmación en nuestra realidad dado el alto grado de “desaprovechamiento” de los grupos considerados.

Esta constatación pone en entredicho la pretendida proyección al estilo de una lógica matemática educación-empleo, tan cara al programa del capital humano, y revela que el sistema educativo y el productivo están si no en conflicto, muy distanciados.

Es una visión demasiado optimista de la crisis pretender que con más educación es posible precaverse de la “inempleabilidad”. De hecho, no puede dejar de subrayarse que en la Argentina de hoy, existe una proporción considerable de desocupados con apreciables niveles de educación formal.

También registran dificultades particulares núcleos de trabajadores especializados, cuyas calificaciones son poco demandadas. Entre los inconvenientes percibidos está el de encontrar trabajo “en su especialidad laboral”.

Con relación a la situación laboral, se observa una subutilización y depreciación de la educación por lo que aunque la política económica actual insista en estimular la certificación, en realidad, no parece demandar mayores conocimientos o niveles más altos de instrucción formal para su funcionamiento.

En síntesis, se necesita además, una gran permeabilidad del sistema productivo al uso del conocimiento y alguna regulación desde el mercado o planificación desde el Estado para orientar la formación de recursos humanos hacia las necesidades de la sociedad.

A partir de la expresión de estas ideas y a modo de conclusión de este apartado, se hace necesario transmitir algunas de las reflexiones extraídas de grupos de jóvenes universitarios que participaron en nuestro trabajo de investigación sobre “la concepción acerca del trabajo en los jóvenes universitarios de la Argentina actual” y que se resume en lo siguiente:

“Frente a la crisis del mundo laboral-que es mundial, pero que se manifiesta como muy grave en Argentina, la concepción del trabajo que elaboran estos jóvenes aún se nutre de los valores tradicionales que transmiten las generaciones precedentes. Aún cuando el trabajo se ha convertido, para quienes lo tienen, en una fuente de frustración y estrés por las condiciones en que se desarrolla, en los jóvenes continúa representando el eje que sostiene la identidad personal y social” (Marín, Marrau y Lúquez, 2005).

Un futuro incierto

En el mercado laboral argentino es como si hubiera dos países; en el núcleo central, las empresas reclaman trabajadores calificados para empleos estables, protegidos y bien pagos. En ese mundo la tasa de desempleo es baja. En cambio, en la periferia del mercado de trabajo, millones de personas solo pueden aspirar a empleos precarios, sin estabilidad ni protección social, con oportunidades de empleo intermitentes o que nunca llegan, En esta franja el desempleo es mucho mayor que en la primera.

El certificado de educación media es el umbral mínimo para aspirar a un empleo no calificado, como el que ofrecen las cadenas de supermercados para reponer productos en las estanterías.

Según el Ministerio de Educación de la Nación Argentina, el setenta y siete por ciento (77%) de los argentinos mayores de 15 años abandonó la enseñanza antes de alcanzar ese umbral. Se ven jóvenes que no trabajan ni estudian, y para ellos sólo existe el hoy, lo que pueden hacer para sobrevivir este día. Muchos son jóvenes sin capacidad para relacionar lo que les ocurrió el día anterior con lo que les sucede en el presente.

Se les presentan oportunidades de algún empleo como ayudante de jardinero o para reparto, o en limpieza, pero ni siquiera acuden porque no ven que eso se vaya a sostener en el tiempo.

No hay herramientas conocidas para llegar a este sector de personas inempleables, sin estudios ni experiencia laboral, hijas e hijos de padres desempleados o con trabajos precarios y que perdieron hasta la expectativa de encontrar empleo y proyectar un futuro mejor.

Las propuestas gubernamentales para combatir el trabajo ilegal o precario no apuntan a este sector, casi ausente del mundo del trabajo. Los inspectores laborales no se dedican a buscar a los trabajadores intermitentes, ni a los inempleables. Tampoco se buscan empleadores abusivos a quienes multar.

La política económica, en el mejor de los casos, puede beneficiar a este sector marginado a través del derrame de subsidios y planes sociales, ocultando la pobreza que afecta a sectores cada vez más grandes en Argentina.

Pero, tarde o temprano, habrá que pensar en invertir en educación y capacitación para devolverlos al sistema.

Pobreza, trabajo y educación

Esto ocurre en la Argentina actual: el proceso de empobrecimiento que sufrió la gran mayoría de la sociedad Argentina casi no tiene parangón en otras sociedades del planeta. Baste decir que el conjunto de los trabajadores perdió en las últimas dos décadas alrededor de un 40 por ciento del valor de sus ingresos. En el Gran Buenos Aires, entre 1980 y 1990 la pobreza creció un 67 por ciento, dentro del cual se destaca un grupo, el de los ex integrantes de las clases medias que ingresan en el territorio de la pobreza: los nuevos pobres (Minujin y Kessler, 1997).

La profundidad y persistencia de la crisis iniciada a mediados de la década de 1970 hizo que centenares de miles de familias de clase media y de ex pobres estructurales -es decir, pobres de vieja data-, que en el pasado habían podido escapar de la miseria, hayan visto reducir sus ingresos hasta caer por debajo de la "línea de pobreza", que representa el ingreso necesario para adquirir la llamada canasta básica de bienes y servicios.

Los nuevos pobres se parecen a los no pobres en algunos aspectos socioculturales, como el acceso a la enseñanza media y superior, el número de hijos por familia -más reducido que entre los pobres estructurales- etc., y a los pobres de vieja data, en los aspectos asociados a la crisis: el desempleo, la precariedad laboral, la falta de cobertura de salud, entre otros. La pauperización de las capas medias argentinas no es un hecho del pasado, sino que persiste en la actualidad, ya que el empobrecimiento de los sectores medios del país ha continuado en los últimos años (Minujin y Kessler, 1997).

No es fácil captar en toda su extensión las consecuencias que la pauperización de una parte considerable que la clase media argentina tiene tanto en aquellos que la sufren en carne propia como en la sociedad ar-

gentina en su conjunto. Es que este hecho marca un punto de no retorno, el fin de un tipo determinado de sociedad. Antes de la década del setenta, la Argentina había sido una sociedad relativamente integrada -al menos en comparación con la mayoría de los países latinoamericanos- en la que una importante clase media había surgido como resultado de un proceso de movilidad social ascendente cuya continuidad no se ponía en cuestión. A partir de los años setenta y luego de dos décadas de empobrecimiento masivo de la clase media, no hay duda de que “este país ya no es el mismo país”.

El empobrecimiento de una parte importante de la clase media no fue un acontecimiento natural ni una catástrofe inexorable, ni tampoco un hecho que pueda ser analizado en forma aislada. Fue el resultado de una serie de factores de orden externo e interno; un proceso para cuya comprensión sería necesario referirse a la poderosa transferencia de recursos desde el sector público hacia el sector privado producido en las últimas dos décadas, al endeudamiento externo, la pérdida de derechos sociales y la falta de una intervención estatal eficaz dirigida a los sectores más vulnerables.

Simultáneamente se conformó la contracara indisociable del empobrecimiento masivo: la nueva riqueza, que emerge y alcanza su apogeo en gran medida en individuos y grupos económicos muy vinculados con el poder político. En suma: el empobrecimiento fue un hecho económico, un hecho social y un hecho político.

Por varias razones, el tema de la educación es central en la nueva pobreza. En primer lugar, obtener calificaciones profesionales fue en el pasado, para muchos, la vía del ascenso social, aunque después haya quedado trunco. La creencia de que una buena educación era lo mejor que podía ofrecerse a los hijos a fin de asegurarles un futuro mejor ocupaba un lugar privilegiado en el pensamiento familiar. Y es que en base a su propia experiencia o en la de gente como ellos, nada podía rivalizar con la educación en tanto camino legítimo hacia el progreso material, social y cultural.

Hasta no hace mucho tiempo la autenticidad de esta creencia estaba totalmente fuera de discusión. Pero el empobrecimiento tampoco ha dejado indemne a la antigua confianza en la educación; se advierten signos de una mutación profunda en las creencias, actitudes y demandas relacionadas con la cuestión educativa.

Lo que se caracteriza como “crisis de la educación” es una preocupación recurrente en la nueva pobreza. Se observa que, en realidad, dicha crisis abarca dos cuestiones diferentes, pero a su vez, íntimamente rela-

cionadas: la crisis del lugar que tradicionalmente ocupó la educación en los proyectos de vida de los argentinos y la del sistema educativo público argentino (Minujin, y .Kessler, 1997).

Sin embargo, el impacto del empobrecimiento de la sociedad no tiene manifestaciones dramáticas en el campo de la educación nacional. El problema educativo casi nunca llega al grado de urgencia. Se puede hablar de “emergencia sanitaria”, por ejemplo, pero la “emergencia educativa” es poco probable.

En educación, los éxitos y los fracasos (en el nivel del sistema) no ocurren en un momento preciso del tiempo. El aprendizaje transcurre en términos de proceso raramente toma la forma de “acontecimientos”. Su visibilidad social no es puntual. Las instituciones y prácticas pedagógicas no se desmoronan, se desgastan. Son realidades relativamente resistentes a la crisis. Las transformaciones en este campo siempre son lentas y se desenvuelven en horizontes de mediano y largo plazo. La resistencia al cambio es, al mismo tiempo, una defensa contra el desastre.

Por todo lo anterior, el problema educativo presenta un estado de gravedad aguda, pero casi siempre “teórica”, es decir, no percibida socialmente. O bien, cuando es percibida, no suscita acciones efectivas de intervención. La identificación del problema, por lo general, no va más allá del plano discursivo. De esta manera, una Directora de escuela primaria puede declarar al entrevistador que “muchos niños terminan la primaria sin saber leer ni escribir” sin que esto provoque ningún “escándalo social” ni se adopten medidas correctivas.

Pese a lo dicho anteriormente, la educación básica no constituye un tema relevante de la agenda nacional. Sin embargo, el problema existe, y tarde o temprano hará sentir sus efectos sobre otros niveles significativos de la sociedad.

Pero la educación siempre puede esperar. Claro que las demoras tienen un costo; pero se trata de un costo que tiene dos cualidades que lo vuelven soportable: es muy difícil de calcular y además se paga en cuotas y a largo plazo (Fanfani, 1997).

Conclusiones

Argentina debe enfrentar problemas educacionales cualitativos y cuantitativos.

Los primeros ya han sido expresados anteriormente en los diferentes apartados del trabajo. En lo cualitativo, el sistema educativo argentino no acompaña los cambios culturales y sociales, situación ésta que se suma

a la frecuente carencia de formación y perfeccionamiento apropiado en los docentes, la permanente escasez de presupuesto para la educación y las modificaciones impuestas por los diferentes gobiernos.

Ya a comienzos del siglo XXI Adriana Puiggrós (2002) sostuvo que el sistema nacional de educación pública no alcanza a cubrir a la población de jóvenes con derecho a educarse. Desde comienzos de la década de los noventa, el analfabetismo se convirtió en un problema serio que no fue atendido especialmente por ningún programa oficial. A esto debe sumarse los analfabetos tecnológicos, una significativa parte de la población que no está capacitada para transitar, producir y participar de las sociedades de los próximos años.

Es por todos conocida la ineficiencia de la escuela media, su incapacidad para contener a los jóvenes, para interesarlos, para enseñarles a pensar, a producir, a trabajar, para alejarlos de la posibilidad de la drogadicción o del desinterés por un mundo donde no encuentran lugar. Los profesores corren de escuela en escuela y llegan a dar clases a centenares de alumnos en un día. En ese contexto, la escuela media argentina difícilmente pueda formar jóvenes capaces de ejercer sus derechos y obligaciones. Se suman los problemas y no se avanza hacia soluciones superadoras.

Los jóvenes llegan a la universidad o a los institutos terciarios sin los conocimientos necesarios para seguir estudiando. Ese hecho, sumado a las deficiencias crecientes de la educación superior argentina, provocan los enormes porcentajes de fracaso y deserción en ese nivel educativo, con la consiguiente pérdida de recursos para el país y, lo que es peor, de esperanzas y posibilidades profesionales futuras para los jóvenes argentinos.

Al decir de Puiggrós, (2002), es importante señalar en este contexto, otro aspecto que también debe considerarse y es el que atañe a las desigualdades entre los alumnos de las escuelas argentinas. A quienes viven por debajo de la línea de pobreza, se los ha empujado hacia una situación de desamparo que amenaza con ser total, al negarles la posibilidad de acceder a los bienes culturales básicos. Esta situación se propaga; ya hay hijos de analfabetos que durante los años fundamentales para la constitución de la base cultural reciben en sus hogares un aporte empobrecido por el desgaste de la subcultura heredada y por su marginación respecto a la cultura dominante.

El sistema educativo no debe propiciar la tendencia a la fragmentación social ni el aislamiento de los grupos; debe procurar su reintegración y permanencia en las aulas, con la finalidad de propender a la obtención

de un aprendizaje eficaz que les permita a los jóvenes argentinos prepararse para su futura inserción laboral.

En la Argentina actual, los jóvenes constituyen el grupo más vulnerable en materia de trabajo. La falta de trabajo en los jóvenes constituye un problema mundial y en los países desarrollados, se trata de retener a los jóvenes en el sistema educativo o realizar cursos especiales de aprendizaje, entrenamiento y formación profesional.

En nuestro país, la alternativa al trabajo, es el pasaje a la informalidad y luego a la marginalidad. Esta situación tiene repercusiones psicosociales y políticas.

La marginación económica, social y cultural compromete el futuro de muchos de los miembros de las nuevas generaciones, quienes, por otra parte, aceptan la precariedad laboral y sus consecuencias sobre la degradación de las condiciones de trabajo, como un fenómeno natural.

La situación actual del trabajo en Argentina y su relación con el grado de desarrollo humano depende no sólo de garantizar la existencia de puestos de trabajo, y la capacitación técnica para ocuparlos-, sino que también depende de la cultura del trabajo dominante. Es evidente que existe una profunda contradicción entre el modelo de una ética de afecto y compromiso con el trabajo, al tiempo que no se garantiza ni la estabilidad en el puesto ni condiciones dignas de trabajo.

Las tendencias actuales transitan un camino paradójal respecto del desarrollo humano: mientras que los avances técnicos permiten cada vez más el control sobre el medio natural e incluso el de organización social, la vida de las personas es cada vez de mayor incertidumbre (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo- PNUD, 2000)♦

Referencias bibliográficas

- Bermúdez, I. (2005) Seminario sobre Trayectorias Laborales realizado en el Ministerio de Trabajo. Clarín, 22/09/05. Buenos Aires.
- Braslavsky, C. (1999). Bases, orientaciones y criterios para el diseño de programas de formación de profesores. *Revista Iberoamericana de Educación. Formación Docente*, Nº 19. Organización de Estados Iberoamericanos.
- Canton, M. (2005). Una postergación sobre otra. Clarín, 22/09/2005.
- Fanfani, E. (1997). La escuela en el círculo vicioso de la pobreza. En Minujín; Beccaria y otros (comp). *Cuesta abajo: los nuevos pobres: efectos de la crisis en la sociedad argentina*. Buenos Aires: UNICEF / Losada.
- Gallart, M. A, (1997). La interacción entre la sociología de la educación y la sociología del trabajo. *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo*, Año 3, Nº 5. San Pablo.
- Ibarrola y Gallart, M. (1994). *Democracia y Productividad*. Santiago, México, Buenos Aires: UNESCO-OREALC.
- Margulis, M. (comp) (1996). La juventud es más que una palabra. Buenos Aires: Biblos.
- Marín, L.; Marrau, C. y Lúquez, S. (2005). La concepción acerca del trabajo en los jóvenes universitarios de la argentina actual. *Revista CNEIP Enseñanza e investigación en Psicología*. Vol. 10, Nº 1, Enero - Junio.
- Minujin, A. y Kessler, G. (1997). *La nueva pobreza en la argentina*. Bs. As.: Planeta.
- Mora, M. (1997). Internet en la escuela. La Nación, 28/07/07.
- Pérez Rubio, A. M. (1998). El conocimiento en el mundo de hoy. Una visión desde los jóvenes estudiantes y los empresarios. *Revista Irice*, Nº 12.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) (2000). El empleo desde la perspectiva del desarrollo humano. República Argentina. Informe argentino sobre desarrollo humano. Bs. As.: PNUD.
- Puiggrós, A. (2002). La educación básica y media en la Argentina a comienzos del siglo XXI. *Revista Aportes para el Estado y la Administración Gubernamental*. Buenos Aires.
- Tedesco, J. C. (1990). Bases para la definición de estrategias de cambio educativo: aspectos regionales y el caso argentino. En Braslavsky, C. y Filmus, D. (comp). *Respuesta de la crisis educativa*. Bs. As.: Cántaro.